

CAPITULO II

UNA CELEBRIDAD

¿Quién no conoce á Valle-alegre? ¿Acaso hay algún infeliz tan lejos del mundo en que vive, que no haya oído una vez siquiera el nombre de tan insigne personaje? ¿A qué rincón de este extremo de Europa en que hemos nacido no habrá llegado el sonoro estrépito de sus millones? Valle-alegre, semejante al sol, brilla por sus rayos de oro. Ha descubierto en las duras entrañas de esta sociedad metalizada una mina que parece inagotable. Alquimista impertérrito, combina con tenaz destreza todas las fragilidades del barro humano, y del lodo mismo saca oro puro.

Los especuladores más astutos se ven obligados á reconocer el genio industrial de este hombre, que encuentra en las miserias humanas el más fecundo manantial de su riqueza. Suprimid las debilidades de unos, los vicios de otros, la tolerancia de todos, y Valle-alegre no tendrá materia sobre qué ejercer la fecundidad de su ingenio. Pero ¡ah! entonces no podríamos contar entre las celebridades contemporáneas este nombre espléndido.

Sea como quiera, posee un magnífico palacio, y, por más que murmuren sus detractores, á todos los vence en suntuosidad y en grandeza. «No, no — dirán algunos; — es preciso no dejarse deslumbrar por el esplendor de esas suntuosas prodigalidades. Entreténganse los aduladores de su fausto en averiguar cuántos millones le cuesta cada una

de ellas, mientras nosotros, menos necios, calculamos la exorbitante ganancia que se propone realizar en cada una de esas fiestas. ¡Oh, sí! Con esas magnificencias de su lujo asombra á unos, corrompe á otros, y hace su negocio.»

Aun así, es preciso convenir en que su dinero es el que más corre, el que más suena, el que más brilla. Eso sí, suele dudarse algunas veces de la realidad de su fortuna; hay ocasiones en que se le considera perdido; pero en el momento en que parece que va á caer bajo el peso de una liquidación desastrosa, abre de par en par los salones de su palacio, invita á medio mundo á que asista á la fiesta, y arroja á los ojos de la multitud atónita raudales de oro.

Claro es que semejante astro no había de rodar por la órbita de la vida, sin arrastrar en pos de sí considerable número de importantes satélites. O descendiendo de las inmensas alturas de la astronomía y bajando á la humilde superficie de la tierra, diré que un árbol tan pomposo, de tan inagotable savia, no había de verse privado de la asidua compañía de las diferentes plantas parásitas que florecen en el seno de la sociedad, lo mismo que en el seno de la tierra. Mas Valle-alegre no era un hombre vulgar que se permitía la vana satisfacción de las adulaciones interesadas, y no admitía en la intimidad de su trato más que hombres que de algún modo pudieran serle útiles; y aquí es preciso decir que su sagacidad y su experiencia habían descubierto que los hombres de bien no sirven para nada.

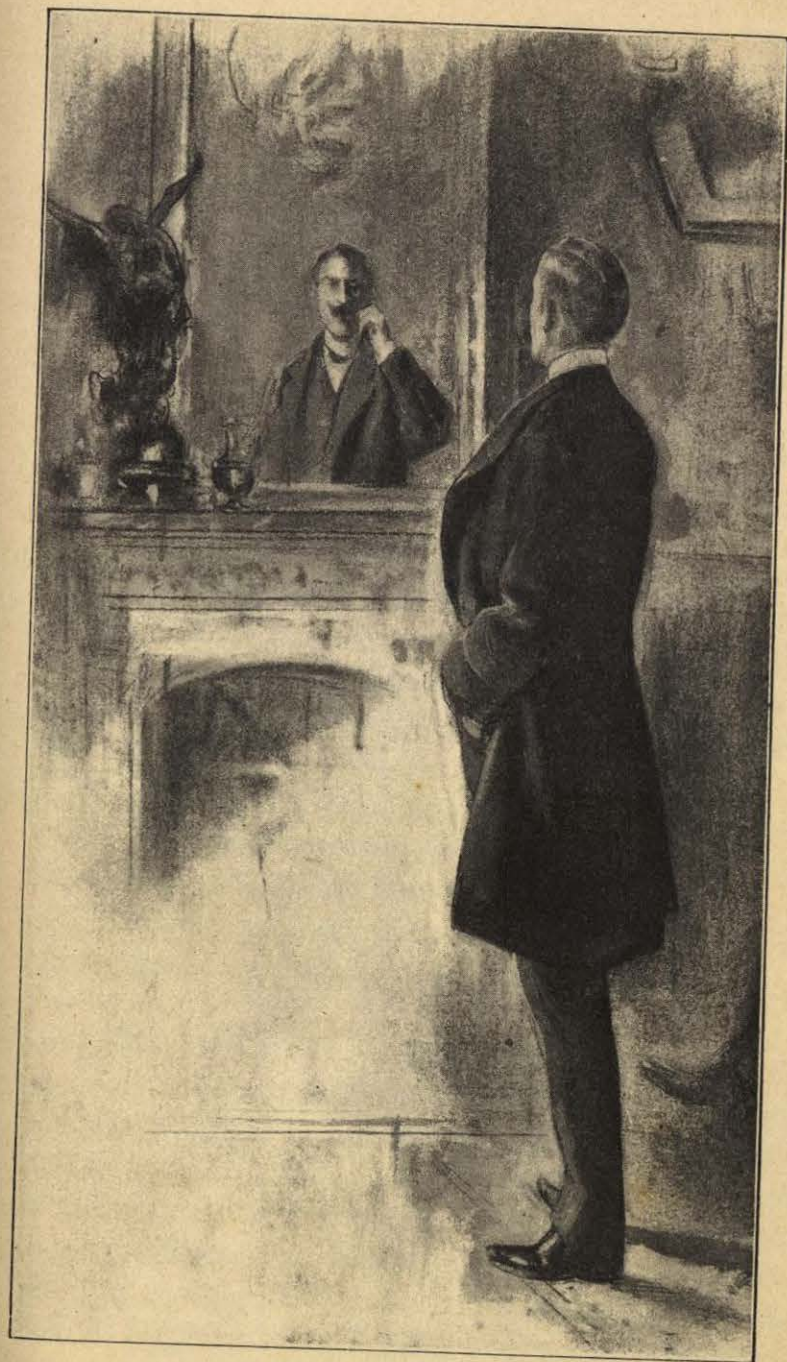
Su corte, pues, se componía de gente útil, dispuesta á todo, lo mismo á sacrificarse por él en los días de la prosperidad, como á volverle tranquilamente la espalda en el momento en que la fortuna se cansara de favorecerle. Nuestro Creso sabía perfectamente esto; mas en el orden de sus negocios y de su filosofía entraban, como elementos fundamentales de sus cálculos financieros y de sus teorías

filosóficas, todas las malas cualidades de los hombres. Así es que distinguía con su predilección á aquellos de sus cortesanos más inclinados al mal; pero, entendámonos, al mal útil, al mal productivo.

Entre sus predilectos se hallaba un hermoso brigadier, de bigotes perfumados y atildada persona, especie de Apolo con frac, que en el momento oportuno, y dadas las necesidades del caso, podía emprender la conquista de alguna mujer importante, cuya influencia decidiera á favor del banquero las contingencias del negocio más arduo. Valle-alegre acariciaba al mismo tiempo con la familiaridad protectora de los grandes hombres á otro ser sin oficio ni beneficio, dicharachero y jacarandoso, publicista de café y filósofo de casino, franco, entrometido, insinuante, opulento antes de llegar á la opulencia. No carecía por completo de conciencia; pero su espíritu se hallaba dominado por la pasión del lujo, ante el que estaba dispuesto á sacrificarlo todo; su talento natural suplía en él la falta absoluta de toda instrucción sólida, huyendo hábilmente de las conversaciones serias. Por lo demás, su guardarropa y su entendimiento se hallaban á una misma altura; se vestía á la última moda, y profesaba con la misma elegancia los últimos errores.

No se crea que Valle-alegre abría á estos amigos ni su corazón ni su gaveta; les abría únicamente las puertas de su palacio, y no les negaba, de vez en cuando, un asiento en su mesa.

El banquero se paseaba una mañana, en medio de su corte, bajo el rico artesonado del pequeño salón donde recibía á sus amigos de confianza. Allí estaba el arrogante brigadier contemplando su hermosa persona en el fondo azul de un espejo que tenía delante. Se habían referido y comentado todas las anécdotas que la crónica escandalosa tenía puestas á la orden del día, saboreando en amena con-



ALLÍ ESTABA EL ARROGANTE BRIGADIER

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

versación las delicias que en los *espíritus fuertes* causa el triste espectáculo de las flaquezas humanas. Hay muchas gentes, muchas más de las que suponemos, que serían completamente dichosas si adquirieran el pleno convencimiento de que no había una sola virtud sobre la tierra.

Sin embargo, no faltaban en la tertulia íntima de Vallegre espíritus reflexivos que sabían oportunamente exhalar exclamaciones, á la vez tristes y eruditas.

En la ocasión en que nos hallamos, uno de esos espíritus, prisionero en el cuerpo vulgar é insignificante de un agente de Bolsa, arqueó lentamente las cejas, y elevando el labio superior, cruzó los brazos sobre el pecho, y dijo:

Oh tempora! Oh mores!

Todos los circunstantes se echaron á reir, pues aun cuando no todos conocían la lengua de Horacio, de Cicerón y de Virgilio, no ignoraban el sentido de la exclamación latina que el agente de Bolsa acababa de dejar caer gravemente en el momento en que la conversación parecía agotada.

La risa que sus enfáticas palabras produjeron no le causó extrañeza, y aun adhiriéndose al parecer de la inmensa mayoría, se sonrió también, añadiendo:

— No quiero yo decir que nuestros tiempos y nuestras costumbres sean peores que otros; pero, francamente, ¿no deben ser mejores?

— Deben — replicó el publicista de café; — convengo en ello; pero he aquí la cuestión; si deben, son estos los tiempos más prósperos del mundo, porque nuestra economía política, ciencia moderna, asegura que el que más debe es el que más tiene. Y hablemos con franqueza: ¿qué habiéramos sido ninguno de nosotros á no haber tenido la fortuna de nacer en estos tiempos? Nada: media docena de perdidos. El brigadier habría llegado apenas á ser alférez. Usted, señor agente, ejercería, al amparo de un portal nau-

seabundo, la modesta profesión de memorialista. Usted, señor Prieto, dos veces ex ministro de la Corona, ¿cuándo habría usted pensado en ser secretario del Despacho? Verjel, no nos hagamos ilusiones; si acierta usted á nacer medio siglo antes, muere usted de fiebre de fechos del ayuntamiento de su pueblo, sin soñar siquiera que existía en el mundo la Intendencia de Cuba. En cuanto al dueño de este magnífico palacio, á pesar de todo su *pesquis*, ¿qué sería?.. Un hombre vulgar que habría tejido una insignificante fortuna cuarto á cuarto y duro á duro. Por lo que á mí hace, no teniendo gran inclinación á la milicia y no resignándome á ser fraile lego, Dios sabe cómo hubiera tenido que buscarme la vida. Confesemos, pues, aunque no sea más que por gratitud, las excelencias de nuestra época, que, como ninguna otra, abre de par en par á todos los talentos las puertas del poder y de la fortuna.

El ex ministro no pareció muy satisfecho de semejantes razones. Tenía de sí mismo muy alta idea, y habiéndose visto dos veces elevado á los consejos de la Corona, no podía dudar de que era un hombre de Estado, cuya importancia hubiera sobresalido en cualquiera época. No se sentía, pues, dispuesto á agradecer á las circunstancias de su tiempo su repetida elevación, sino al influjo de sus talentos.

— No puedo convenir — dijo — en la exactitud de ese argumento *ad hominem*. Los talentos superiores se han abierto camino en todas las épocas. Cisneros salió de la obscuridad de una celda para ser el primer ministro de Isabel la Católica.

— Y pare usted de contar — añadió su contrincante. — En todo un siglo encuentra usted un Cisneros, cuando aquí los tenemos al volver de cada esquina. ¡Cuántos genios morirían ignorados en las lobregueces de aquel obscurantismo! ¿No?.. Pues entonces convengamos en que nuestra

época excede á todas las épocas conocidas en el número prodigioso de sus grandes hombres. Esta ventaja es incontestable.

Un nuevo personaje cortó discusión tan luminosa, apareciendo de repente y exclamando:

— Señores..., gran noticia.

Todos guardaron silencio, esperando saber qué novedad imprevista ó ignorada era la que iba á sorprenderlos; mas el que acababa de entrar permaneció también silencioso, mirando á unos y á otros con aire de triunfo. La satisfacción que mostraba dejaba inferir que se sentía orgulloso de poseer el raro secreto, cuyo solo anuncio había puesto en movimiento la curiosidad de los circunstantes.

Tratándose de una noticia digna por su importancia de aquel ilustre auditorio, claro es que podía ser fausta ó infausta; mas en ninguno de los dos casos hubiera causado ni pena ni gozo en el ánimo del que tenía con su silencio suspensos al banquero y á sus amigos, pues era hombre que, fuera de las referidas comodidades de que había rodeado su deliciosa existencia, todo lo demás le era indiferente. El más ligero contratiempo en el orden de sus exquisitos placeres lo hacía el ser más desgraciado de la tierra; pero, en cambio, podía hundirse el cielo á su alrededor, y vería aplastada á la mitad del género humano sin conmoverse.